

## **Entrevista a Ricky Azar**

19 de junio de 2006, 15 hs.  
Ozuluama 12, Mexico DF

Gachi Hasper: Che, Ricky, contame un poquito: ¿qué edad tenías cuando lo conociste a Hori?

RA: Uy...

G: ¿En qué circunstancias, qué estabas haciendo cuando lo conociste?

RA: Mirá, yo iba a Hebraica, que me quedaba cerca de mi casa. Me metía de colado para poder ir al cine, porque era muy caro para mí. Mi familia era bastante humilde en esa época. Y me acuerdo que a mí me gustaba mucho jugar al fútbol, entonces me metí en la sede de Hebraica y ahí conocí a Norita, un muy lindo personaje que estuvo bastantes años con Hori. Y no sé cómo fue, pero me propuso bailar en un grupo que ella tenía, en el que habían veinte mujeres y yo. Yo acepté. Era muy tímido en ese momento; después se me pasó, pero al principio me costaba mucho relacionarme con las chicas del grupo porque iba a un colegio de hombres y jugaba al fútbol con hombres. Entonces me dije: "Bueno, vamos a ver qué pasa". Y me animé. Fue una ventaja ser el único hombre. Empecé a ensayar y me di cuenta de que sí me gustaba bailar, pero lo que más me gustaba era que tenía veinte compañeras y ni siquiera necesitaba hacerme el galán ni nada: ellas venían porque yo era el único hombre. Ensayamos durante todo ese año y Norita me dijo que iba a haber una presentación en el Festival Dalía, en Hebraica. Y ahí fui yo, junto a veinte mujeres. Teníamos la coreografía ya armada y, la verdad, yo siempre estaba en el centro: diez de un lado, diez del otro, y yo en el medio. Me acuerdo que formábamos abanicos que se cerraban y se cruzaban. Cuando terminó el Festival, me encontré con Hori; yo no lo conocía todavía. Se acercó y me invitó a unirme a su grupo, en el que habían mujeres y hombres. Yo lo miré y le dije: "Bueno, ¿cuándo es?". El grupo se reunía dos veces por semana: martes y jueves. Y me dije: "Bueno, voy a ir".

G: ¿Cuántos años tenías?

RA: Catorce años. Y estaba a pleno con el football... con el fútbol. Acá se dice football y se me mezcla.

G: Sí, tenés un acento...

RA: ¿Medio raro, no?

G: Completamente.

RA: Bueno.

G: Así que dale, dale a tu mexicano, tranquilo.

RA: Bueno, la cuestión es que me invitó a esos ensayos famosos y fui. Cuando llegué, me encontré con gente que era dos años mayor que yo y, entonces, me achiqué un poco. Pero también había muchas chicas y, como estaba en plena adolescencia, me encantó la idea. Entré; al principio estaba mudo. Mudo. Me pasaba los ensayos sin hablar. Fui a dos o tres y empecé a faltar. Empecé a faltar, a faltar, a faltar. Hori me habló por teléfono para preguntarme qué me pasaba y le dije: “Está bien, voy a ir, voy a ir”, pero me daba mucha vergüenza. La verdad es que él me fue arrastrando y al final me animé. Él me dio confianza; la verdad que el conocerlo me cambió la vida. Desde el principio me enseñó que yo podía bailar. Lo que ocurría es que yo jugaba al fútbol, que no tiene nada que ver con el baile. Me acuerdo que a veces teníamos ensayo y yo después jugaba y yo sentía que las dos actividades no combinaban. Me acuerdo de mi primer espectáculo: Hori hacía esos montajes eternos y extraordinarios y traía profesoras de técnica ¿no? Para los bailarines estaba bien, pero yo hacía cualquier cosa; yo miraba culos. Pero la verdad que él me había agarrado al vuelo y se dio cuenta de que no se había equivocado conmigo. Yo no me daba cuenta, pero él se dio cuenta enseguida. Yo entré a mitad de año y a fin de año era el gran recital de *Zamir*, que siempre era muy esperado. Y de repente yo me encontré en una avalancha de cosas, con mucha gente, y dije “¿Qué es esto? Lo tengo hacer”, pero no sabía cómo. Hasta que llegó un *Carmel*, que se hizo en San Pablo. Fuimos... Pero yo estaba muy alejado de los demás.

G: Los demás eran todos de la escuela Weizman...

RA: Claro.

G: Formaban un grupo porque habían estudiado todos juntos.

RA: Sí, pero lo que me pasaba era que, para mí, ellos eran más grandes. Ese año y medio o dos era mucha diferencia.

G: Bueno, ¿Pero te pasaba lo mismo con Gustavo Zajac y Walter Zaga, por ejemplo?

RA: Sí. Pero con Zajac, yo había trabajado en un grupito de fiestas.

G: Háblame de ese grupito de fiestas.

RA: Estaba bueno, pero yo tenía trece años y ya estaba cantando y bailando con Gustavo. Era muy notorio que todas las chicas se iban con Gustavo [risas]. No sé por qué; era rubio, de ojos celeste. Pero yo después me lo encontré en *Zamir* y fue otra cosa. Mis compañeros, Damo Zaga, Walter, no me daban bola. Nada, nada, nada, nada. Y yo los veía y para mí era una cosa superior: "Son los grandes", pensaba yo. No tanto términos de edad, pero ellos estaban como más adelantados en *Zamir*; y las chicas los saludaban a ellos mientras que yo, por ahí, había ensayos en que entraba y no saludaba a nadie. Y éramos cuarenta, éramos un montón. Y no me saludaba con nadie. Pero yo siempre pensaba: "Ya va a llegar el momento". Y entonces llegó *Carmel*; un gran *Carmel* para mí. Yo tenía catorce años, pero dije: "Bah, me voy a relajar". Cuando llegamos al *Carmel* alguien dijo: "Che, juguemos al fútbol"; entonces yo me dije: "Ésta es la mía" [risas]. Me eligieron, pero entré a jugar como el último, ¿no?; me mandaron al arco.

G: Claro.

RA: A mí me mandaron al arco. No sé cómo fue pero me acuerdo que perdíamos como cuatro a cero y yo di vuelta el partido; le hice caños a todos. Y bueno, me convertí en el mejor amigo de todos [risas]. Flor Yadid estaba ahí, y ella era la responsable de contárselo a las chicas. También me acuerdo que en la mitad del viaje yo me subí a cantar; así empezaron a conocerme, me di a conocer.

G: Claro.

RA: Me empecé a animar a ser más atrevido. Bueno, también estaba allí un gran amigo, que es Beto, (Alberto Gabay). Diferentes cosas de la vida nos fue alejando: estupideces que uno comete, como enojarse, por ejemplo ¿no? Es una pena, en una vida tan corta. Pero en ese entonces éramos muy cómplices, éramos como los alocados del grupo, los kamikazes. Y a Hori le encantaba lo atrevidos que éramos. Siempre éramos los primeros en tirarnos a la piletta en culo: un famoso acto en que nos bajábamos los pantalones y nos tirábamos a la piletta. Andábamos con todas las chicas del *Carmel*. A Hori le encantaba. Es decir, le encantaba la fiesta, le encantaba que estuviéramos contentos y alegres. Hori logró montar en nuestras vidas fue una pasión. Creo que ese *Carmel* para mí fue histórico, inolvidable. Pero como tenía una vida paralela, dividida entre el fútbol y el baile, para mí era complicado, y Hori lo sabía. Entonces, al año siguiente le dije que no iba a poder viajar. Cuando se fueron

al *Carmel* de ese año, los fui a despedir a todos. Yo tenía una remera, un pantalón, zapatillas y nada más. Los fui a despedir; y cuando ya se estaban yendo me subí al micro [risas]. Le dije a Hori: “¿No te molesta? No puedo, no puedo quedarme”; y él me respondió: “No, al contrario, vamos que te escondemos”. Y eso no fue lo más cómico: en el cruce a Brasil me tenía que esconder...

G: ¿Por qué? ¿No tenías documento?

RA: No, no tenía el pasaje. Yo no tenía nada. Pero bueno, fue una risa todo el viaje. Una vez allá, ellos iban a bailar *El Arca de Noé*. Yo dije: “¡Putá madre, me estoy perdiendo esto! ¡Estoy acá y no voy a bailar!”.

G: ¿Y?

RA: Norita me dijo que tenía un lugar. Yo le contesté: “Sí, yo bailo de lo que sea”. Se miran con Hori y se empiezan a cagar de risa. Y dije: “¿Qué hace falta? Yo lo hago”. “Es que... falta una pescada. Lo iba a hacer yo, pero sería bueno poder verlo desde afuera”. Y bueno, acepté y se sorprendieron mucho. Le dije: “Vos dale, me pintás los labios, no pasa nada”. Mi pareja de baile fue Fabo, que me tenía que hacer una levantada y todo... fue muy bueno. Me acuerdo que en ese entonces yo andaba con una brasilerita que estaba en el en el público; y cuando me vio se le transformó la cara. La verdad que cosas así pasaban a cada rato, ¿no? Esas cosas que había que resolver inmediatamente, los cambios de vestuario, por ejemplo. Pero después de todo eso empezamos a intimar más con Hori, ¿no? A ir a su casa...

G: Bueno, eso fue un poco más tarde.

RA: Sí, fue más grande, pero me acuerdo que después de ese famoso *Carmel* me gané el respeto de todos, incluso de los que eran mis directores en ese momento. Durante las evaluaciones que hacían a fin de año, yo llegaba a la mesa donde ellos estaban y ya se estaban riendo, como diciendo: “No te podemos decir nada, cada vez estás mejor”. Fue bueno. Cada vez que había una presentación, yo sufría porque siempre terminaba de aprender las coreografías el último día. Era un desastre: yo no prestaba atención, siempre en la joda... entonces sí sufría mucho en las presentaciones. Me acuerdo de un festival en que Hori me hizo el honor de hacer un partido de fútbol bailado; fue para el Mundial. Él hizo una coreografía de fútbol, y a mí me puso como el gran capitán.

G: ¿En qué año fue, te acordás? ¿Dónde la presentaron esa coreografía?

RA: Uh... fue durante la época en que bailábamos *Pepinaj*. Yo para las fechas y los nombres soy medio malo, pero la presentación fue en Auditorio Belgrano. Para mí fue muy importante ese numerito.

G: Él casi lo había hecho para vos.

RA: Sí, de hecho él me pidió consejos sobre jugadas de fútbol. Para mí fue un honor. Fue muy loco, pero eso me acercaba más a él. Los años siguientes, en el *Carmel*, ya directamente convivía con él todo el tiempo. Teníamos nuestras pequeñas charlas, sobre sexo y rock and roll; hablábamos sobre todo con él. En ese momento, adquirimos una amplitud gigantesca; después cada uno fue abriéndose caminos y creciendo mentalmente, pero en ese momento Hori nos ofrecía una apertura muy grande. Y él me contó cosas muy buenas, pero también tenía la lengua larga a veces, ¿no? Tenía sus historias, pero todo funcionaba como una enseñanza, todo era aprender, y aprender, y aprender.

G: ¿La lengua larga? Contame un poco más...

RA: Bueno, vivíamos a las puteadas; era el idioma que manejábamos. Pero a veces sí se pasaba con algunos que se dejaban; las puteadas eran fuertes. Pero él sabía con quién habérselas. De repente se sobrepasaba un poquito con alguno pero era divertido para los demás; y eso era muy cómico. La verdad que yo recuerdo esa época con una gran sonrisa. Después uno se llena de preocupaciones de vida y se va olvidando. Y vos fijáte que desde que empezamos la entrevista yo me estoy riendo. O sea que el asunto es muy gracioso, muy muy gracioso. Tanto para el encuentro que se hacía en San Pablo como para el festival, teníamos que conseguir avisos...

G: ¿Vos de qué trabajabas? De eso. Tenías que ser uno más...

RA: Yo tenía que ser uno más. Y me acuerdo que Beto y yo tuvimos el record de avisos; llenamos la revista con nuestros avisos, que eran como quince o dieciséis avisos de cada uno. Era una cosa increíble.

G: Vos tenías Pierre Bornell

RA: Yo tenía Pierre Bornell, que estaba ubicado en la contratapa; era el que ponía la mayor parte del dinero. Y la verdad es que era un placer conseguir todo eso.

G: Contame algo acerca del *Morisco*.

RA: El *Morisco* fue una de las grandes cosas que Hori hizo porque, mientras lo hacías, te latía el corazón. En un *Dalia*, se hizo muy notoria la unión que él había creado en el grupo. Me acuerdo que salimos a bailar y la música se trabó

y volvió a empezar. Nosotros seguimos bailando, bailando, bailando, pero no se pudo reacomodar la coreografía. Entonces cortaron la música, salimos, y volvimos a empezar. Y todo resultó en una ovación, porque nunca dejamos de bailar. Y eso nos lo dio la magia sin palabras que Hori creó. Porque el show debe continuar. Es así. También me acuerdo que cuando nos juntamos para rendirle homenaje, también bailamos el *Morisco*, y la verdad que es una impresionante la fuerza que genera esa coreografía, ¿no? Es como salir a matar. Era muy gracioso porque siempre queríamos bailar en pelotas, con pantalones pero sin calzoncillos porque sentíamos que así íbamos a ser libres. Y con todos los vestuarios que nos poníamos, éramos libres. Fue una época de libertad; en lo particular, para mí fue un cambio de vida. Yo era muy cerrado, y el grupo me hizo abrirme mucho más. Antes sentía que era una tabla, y yo hasta el día de hoy sigo bailando. O sea que me hizo bailar. Ahora, cuando me salen trabajos con bailarines muy profesionales, me preguntan: “¿Dónde estudiaste?”. Yo les digo que estudié con un gran maestro que se llamaba Horacio Hasper. Es eso lo que puedo decir. Él hacía clases desde adentro, clases en las que daba todo; nos enseñaba a dar todo en el escenario. Él sacaba lo mejor de cada uno y eso era admirable eso. Yo jamás pensé que él iba a sacar de mí todo lo que logró sacar. Es genial todo lo que consiguió de mí, de la gente, en tan poco tiempo. [se le quiebra la voz].

G: Bueno, no fue tan poco tiempo. Fue una escuela que duró como diez años. Porque vos...

RA: Sí, diez años. Pero diez años... es poco tiempo. Diez años de felicidad no son nada. Es como que te quedás con las ganas. Sí, fueron diez años de muchos escenarios, pero siempre querés más. Y no lo encontrás tan seguido. El grupo que él logró tener fue único. Me acuerdo que, en los micros, Hori nos decía: “Dale un beso a éste, dale un beso al otro”, y nosotros, como pelotudos, íbamos y nos dábamos besos. Él nos ayudaba mucho a concretar relaciones o historias.

G: ¿Tuviste muchas novias dentro de ese grupo?

RA: Pues... sí, me fue bien, no me puedo quejar [risas]. Bueno, yo creo...

G: Son todos muy discretos.

RA: ¿Si somos discretos? No, yo estuve con todas las que pude, es decir, con todas las que se dejaron. La verdad que sí, me gustaban todas, todas, todas. Yo, si podía, estaba con todas a la vez; no me importaba. Pero, para mí, el

gran ídolo era Walter. Hasta que me di cuenta de que él se había demasiao amigo de las chicas. Yo pensaba que si uno era tan amigo, no iba a poder tener alguna relación. Pero él me enseñó que siendo amigo también se podía [risas]. Y después estaba Damo, que era un winner. Él siempre bailaba adelante. Pero hubo una anécdota muy buena, con la mamá de Damián Zaga. Cuando estrenamos *El Arca de Noé*, yo hacía del Pajarito, y la verdad que mi papel no era muy importante. El papel más importante era el de Noé, que interpretaba Damián. Cuando terminó el espectáculo yo salí a saludar a la gente, y vino...

G: Cuca Zaga.

RA: Sí, y me felicitó [risas]. Se equivocó, me confundió con su hijo. Y bueno, fue muy chistoso. Yo siempre lo vuelvo loco diciéndole que fui yo el que interpretó a Noé. Cuca pensó que yo era su hijo; se confundió. De hecho, nos parecemos bastante con Damo, pero no por el perfil. Creo que mi perfil es mejor [lo muestra] [risas].

G: Es verdad, tienen algo.

RA: Siempre nos cortábamos el pelo al mismo tiempo. Era una joda, ¿no? El grupo de hombres era muy fuerte. Muy fuerte. Se me viene a la cabeza una anécdota, algo que pasó en un festival en Porto Alegre. Hori nos llevó, y había otro grupo: *Los Laniados*. Los famosos Lañado's, que eran pibes que bailaban bien pero que no tenían el nivel que tenía Hori, ni la gente que Hori tenía, ni hacían las coreografías que nosotros hacíamos. Eran buenos, pero no tenían el nivel de *Zamir*. Y me acuerdo que estábamos en Porto Alegre y había mucha pica. La comida era un asco: empezábamos a arrojarnos papitas, choclo, ensalada. Empezamos a tirar con el tenedor, pero, para qué hacerla más larga: eso se convirtió en una batalla campal. Y me acuerdo como si fuera hoy que el que primero tiró [risas] no fue ningún compañero mío, sino Hori. Empezó a tirar, a tirar, y a tirar. Y en un momento se sentó debajo de la mesa, y fue ahí cuando se armó el gran caos. Volaba comida por todos lados. La verdad que la comida era una porquería, estaba horrible. Pero fue un poco fuerte, ¿no?, porque era comida, pero fue muy gracioso. Y todo lo empezó él. [Risas]

G: Y él, chocho.

RA: Ese momento parecí una escena de *Los Tres Chiflados*. Anécdotas como esa hay un montón. Los ensayos generales, por ejemplo, eran muy buenos. A

pesar de todo eran muy buenos. Los que recuerdo con más cariño son los que hacíamos en un gimnasio, no me acuerdo cómo se llama el gimnasio pero...

G: ¿De la calle Camargo?

RA: ¿Camargo? No... bueno, era un gimnasio que tenía Lichu(Simkin).

G: Lichu Moguilevsky.

RA: Sí, ya me voy a acordar de ese gimnasio. Los ensayos que hicimos ahí fueron muy buenos. En Hebraica, también, hubo ensayos larguísimos, en los que nos pasábamos horas y horas. Y la verdad la pasábamos muy bien. Era una joda todo el tiempo. Pero lo que más recuerdo es esa paz que sentía al mirar para atrás y darme cuenta de que la había pasado muy bien; esa paz que sentía al saber que había hecho bien en animarme a subir al escenario. Y me animé, y realmente valió la pena. Son buenos recuerdos. Yo no estuve los diez años que duró, pero fue genial. Fue genial, porque todos pasamos por diferentes etapas, y la verdad que Hori nos sabía llevar muy bien. Sabía quién estaba mal y quién estaba bien con sólo mirarnos. Los mejores recuerdos que tengo son los de los micros.

G: ¿Sí?

RA: Sí. O los aviones, de repente. Meterte con alguna compañera en el avión era muy divertido. O saber que tenías que bailar en la tarde y estabas muerto porque habías estado de joda toda la noche. El festival *Carmel* duraba tres días y estábamos sin dormir, bailando, y de joda en joda. Era genial. Pero yo me acuerdo de la cara de Hori cuando hice de pescada; me miraba como diciendo: "Qué bueno que te animaste"; lo disfrutamos todos. Me acuerdo que todos se reían y todos se divertían. Y a mí me pasa eso: quiero que la gente se divierta. Eso es también lo que Hori quería: él quería que nos divirtiéramos. Pero cuando había que trabajar, cuando había que montar una coreografía, o cuando había que hacer las cosas en serio, se imponía el silencio. En esos momentos, Norita (Schneiderman) ponía el equilibrio, y ayudaba mucho a que Hori no siguiera jodiendo, porque él era una persona que se sumaba a la joda pero que, a la vez, tenía que estar del otro lado; era difícil eso para él. Tenía una manera de montar muy rápida, era genial [risas]. Y sí. Te exprimía.

G: ¿Y vos te acordabas?

RA: No, yo era un desastre. Yo no le prestaba atención, directamente, porque yo sabía que había que prestar mucha atención, entonces me inclinaba por

copiar. A medida que fueron pasando los años, Hori me fue poniendo cada vez más adelante. Yo era feliz estando atrás, pero empecé a avanzar.

G: Ah, y no tenías a quién copiar si estabas adelante, ése era el problema.

RA: Hubo una coreografía en que yo era punta. Para mí fue un honor. Fue un honor. Porque Hori sí tenía sus elegidos, que, sí lo tenían merecido, iban adelante.

G: A ver, decí, chusmeá. ¿Quiénes eran?

RA: Damián, Ariadna (Faienstein), Walter, Gustavo Zajak. Bueno, a Diego Berman a veces también lo ponía adelante, pero como era tan alto en general lo ponía por la mitad.

G: ¿Y Toto (Stolier)?

RA: Toto también. Pero había mucha competencia entre ellos, la verdad. Yo estaba como al margen de eso. Pero, cuando estás en la coreografía, ahí no te deja de gustar estar adelante.

R: Claro.

RA: Llega un momento en que decís: “Bueno, quiero estar adelante. ¿Por qué no?”. Cuando pasaron los años y empecé a estar un poco más adelante, fue un gran logro personal para mí. Pero de ninguna manera envidiaba ese lugar a los otros, porque ellos se lo merecían, y bailaban bien. No hubo grandes peleas entre la gente. Sí abusábamos un poco de hablar mal de uno o de otro: si uno era homosexual, si el otro no lo era...

G: Bueno, pero en la época de *Zamir* estaban todos muy...

RA: Estábamos muy todos hombrecitos, después fueron destapando algunos.

G: Tampoco tantos.

RA: No, tantos no. Pero... pero sí era un tema ése. Plena adolescencia, es como que...

G: ¿Y qué pensaban de Hori?

RA: A Hori se le aceptaba cualquier cosa. Hori podía hacer cualquier cosa que estaba bien porque lo hacía él. Creo que él llevó su vida íntima, muy bien. Pero lo bueno era que la compartía: podíamos hablar de con quién se había acostado, y lo contaba, feliz. Y cuando estaba mal, también nos contaba. Eso formaba parte de la grandeza que él tenía: poder contar todo, cambiar opiniones, preguntarle dudas. Entonces, cada uno hizo lo que quiso. Eso era lo bueno de él. Y la verdad que si era gay o no era gay... la verdad que é era un hombre, un hombre de verdad, que era capaz de cagar a trompadas a

cualquiera si le tocaban a sus pollitos. Era cuestión de matar si le hacían algo a su grupo, ¿no? No había que meterse con él cuando se enojaba.

G: Sí, cuando se enojaba.

RA: Era muy calentón. Muy calentón. Entonces yo creo que él, por nosotros, daba la vida. De hecho, la dio, para mí. Porque creo que él que forjó grandes personas. En un grupo hay de todo: hay gente a la que le fue bien, y gente a la que le fue más o menos, pero, en general, yo tengo buenos comentarios acerca de mis compañeros. Hoy los veo a Damián, a Toto, a Diego Berman, a Gustavo: gente tan talentosa trabajando. Cuando hicimos *El Arca de Noé*, los animales que Hori designó fueron muy marcados.

G: Ajá. ¿Y a vos, originalmente, qué animal te tocó?

RA: El pajarito, o sea, el volador que traía buenas noticias. A mí no me tocó ningún animal que pudiera avergonzarme, al contrario. Hasta tenía un solo en la coreografía. Los animales que cada uno tuvo que interpretar reflejaban un poco la vida real, ¿entendés?

G: ¿Cuáles son las coreografías que más te gustó bailar?

RA: El *Morisco* para mí fue impresionante. También la coreografía sobre fútbol, o *El Cantar de los Cantares*. Puta madre. A esa edad, adolescente, yo, cada vez que bailaba *El Cantar de los Cantares*, sentía que estaba cogiendo; era maravilloso. Era un placer. [Piensa] Me acuerdo que había un solo que lo bailaba Diego Berman Yo siempre quise hacer ese solo. Pero no tenía las condiciones técnicas, digamos. Yo sabía que no. Pero ese solo era maravilloso; y después, venía la coreografía, que era muy parecida al solo. Y la coreografía era un placer. La verdad no recuerdo con quién hacía pareja; Jesi, me parece que se llamaba. Era muy buena esa coreografía. La recuerdo con mucho cariño esa coreografía. Sí, era muy linda. Después, el *Pepinaj* era divertido: ver a La Turca( Vero Levi) disfrazada de Torá era maravilloso. Maravilloso. [Piensa unos segundos] Creo que se me pasó muy rápido; creo que no lo disfruté tanto como hubiera querido porque se me pasó rápido, porque pensé que eso iba a durar toda la vida.

G: Claro. ¿Vos te fuiste cuando se fueron todos, después de *Zamir diez años*?

RA: Yo me fui un poco antes.

G: ¿Qué había pasado? ¿Tenías otros trabajos?

RA: Sí. [Piensa un poco] Cometí un error, ahí. Me arrepiento. Me puse de novio con Vero Ender y me perdí un poco en esa relación. No en el mal sentido, porque fue una buena relación y ella me ayudó mucho a crecer. Pero chocábamos mucho por cuestiones de relación de pareja. Pero *Zamir* se me cortó un poco con ella. Creo que me salí antes de tiempo. Y ese *Diez Años* me lo perdí.

G: Porque no querías verla.

RA: No, en ese momento yo todavía estaba con ella, pero esa relación me dejó afuera. Me echo la culpa a mí, obviamente, no a ella, porque estuve medio pendejo. Y me equivoqué. Ésa me la perdí.

G: ¿Y qué empezaste a hacer? Vos seguiste bailando ¿no?

RA: Sí, seguí bailando, y empecé a audicionar para teatro.

G: ¿Qué obras hiciste, te acordás?

RA: La primera fue "*Once corazones*". Fue en un teatro que estaba en La Boca. Actuaba con Carlos March, un actor bastante bueno. Resulta que me pongo de novio con una chica que era actriz. Y ella, de repente, empieza a descubrir en mí talentos actorales. Esta chica me dijo que iba a haber una audición para una comedia musical: tenía que cantar, bailar y actuar. Cantar sabía porque yo cantaba en grupos; bailar más, o menos y actuando me las arreglaba porque todo lo que habíamos bailado con Hori era muy expresivo. Es eso lo que nos dio Hori: la expresión. Entonces, bueno, me fui a la audición.

G: Y quedaste.

RA: Resultó que era sobre fútbol, pero había que cantar, bailar y actuar. Bueno, yo terminé interpretando al protagonista en su infancia. Para mí fue increíble; me empezó a entrar dinero, mientras que en *Zamir* había que conseguir dinero para salir al escenario.

G: Claro.

RA: Y entonces, de un momento para el otro yo, ya estaba en una obra de teatro. Entonces, la verdad, fue algo muy bueno. Hori ya no estaba para ver. No estaba. Se lastimó un chico antes de estrenar, y como el coreógrafo había hecho muy amigo mío, yo le dije que conocía una persona para el reemplazo. Y le hablé a Walter y entró a la obra. Fue muy emocionante estar con él, porque era parte de esa gente que yo quería. Pero, lamentablemente, no llegó a estrenar porque en el ensayo general se quebró un brazo [risas]. Yo me quería morir. Pero bueno, estuvo un ratito conmigo, y comentábamos eso

¿no?: “¡Qué lastima que Hori no nos ve!”. Pero yo decía: “Bueno, desde algún lado nos ve” [se emociona]. Y le agradecí, el día del estreno le agradecí mucho a Hori. Y fue una de las pocas veces yo pude juntar todas mis armas: jugar al fútbol, cantar, bailar, y actuar en un escenario. Fue mágico; fue mágico saber que todo eso me lo dio él.

G: Después de esa, ¿qué otra obra hiciste?

RA: Después de esa obra hice una infantil. Cantábamos canciones de María Elena Walsh. La obra se llamaba *Doña Disparate y Bambuco*. Actuaba una actriz muy conocida, muy cómica. Y estuvo muy bien, porque actuaba ella, que era la principal, y cuatro personas. Una obra de una hora, en la que todo el tiempo yo tenía que saberme mis secuencias, ya no me podía copiar. Entonces empecé a arreglármelas solo, ¿no? Ya no tenía más *Zamir* y había que salir al frente.

G: Claro.

RA: La verdad que volví a cometer el error de tener una relación con una chica que también trabajaba en teatro. Y, bueno, me hizo alejarme un poco del escenario, pero me dediqué más a lo que es show, porque dejaba más dinero. No te olvides de que a mí, la verdad, por el estudio no se me daba. Se me dio por animar a la gente. Toda esa alegría que yo había adquirido la volqué al escenario. Me fue muy bien. Me di cuenta que lo disfrutaba mucho y de que podía vivir de eso, trabajando dos días a la semana, sábado y domingo. Y empecé a salir otra vez, ¿no? La crisis del país hizo que todo el mundo quedara parado, y no tuviera dinero; entonces deje de hacer fiestas y me vi de vuelta entre la espada y la pared. Me separé de esa chica y puse mi dinero en el banco para buscar tranquilo otro departamento. Por otro lado, yo siempre jugué paralelamente al fútbol.

G: ¿Profesionalmente?

RA: Casi profesional, digamos. Jugué en Primera C, en Primera D. Y hubo una anécdota muy buena, que no quiero dejar pasar, luego de un espectáculo de *Zamir*. Yo me acuerdo que salíamos a bailar y nos maquillábamos los ojos. Era viernes y al otro día yo tenía partido. Yo jugaba en Chacarita. Al otro día fui a jugar y un compañero me dice: “Ricky, ¿Tenés los ojos pintados?”. Y en eso me acordé que el día anterior había bailado...

G: Y no te habías despintado.

RA: Sí, me lo había quitado, pero no se me fue todo. Y me voy al baño y tengo los ojos negros [risas]. Y salí a jugar y me reí mucho. Y la verdad que era muy cómico, porque el baile y el fútbol no tienen nada que ver.

Bueno, volviendo a la cuestión de mis ocupaciones, me quedé sin trabajo. Me había alejado totalmente del Rikudin y de festivales. Hasta que me tocó trabajar en Disney, donde tuve la fortuna de conocer a un compañero de Hori.

G: ¿Quién?

RA: Isi (Mandelbaum); él era coreógrafo de Disney. Realmente me gustó trabajar con él.

G: ¿Vos trabajaste con Ariadna, al mismo tiempo?

RA: No.

G: Ariadna también trabajó en Disney.

RA: Y Toto también, pero al siguiente año, creo, o al otro. Isi era un tipo muy capaz. Obviamente intimamos mucho también: él se divertía porque a mí me gustaban todas, y quería estar con todas, y él me decía que yo tenía siempre muchas posibilidades porque eran todos gay y yo no... jodíamos mucho con eso. Y me acuerdo que en el primer show también estaba Damián, cosa que nos daba mucho placer porque éramos parte de ese grupo famoso. Y queríamos saber un poco más de la verdad, ¿no?

G: ¿A ver? ¿Y? ¿De qué te enteraste?

RA: Yo siempre le pregunté, directamente, qué pasaba con Hori. Pero él, la verdad, nunca soltó nada. Isi fue bastante hermético, cosa que respetamos. Yo la verdad que no tengo nada en contra de eso.

G: Fue un buen director.

RA: Fue un buen coreógrafo, un buen director. Para mí, trabajar con Isi fue recordarlo a Hori, ¿no? Los dos éramos somos judíos y manejábamos un código en un lugar donde había gente que no era judía y que, por ahí, tenía otros códigos. Y el Rikudin era muy original y muy creativo, pero la técnica que teníamos no era de escuela. Pero lo que nosotros tuvimos fue otro tipo de escuela: una escuela al fin, digamos.

Lo último que hice fue Disney. Luego me quedé sin trabajo, sin dinero, sin nada, ni casa. Yo me había comprado mi casa con el fútbol, con el teatro, con todo lo que había ganado, y de repente perdí todo. De repente me encontré volviendo a la casa de mis papás. No me gustó nada, y dije: "No, ¿qué hago?". Y hable con mi hermana, que me mandó el pasaje de avión. Y me vine.

G: ¿Y acá qué hiciste cuando llegaste?

RA: Cuando llegué, hice de todo [se ríe]. De todo, para sobrevivir. Me acuerdo que vivía en una terraza chiquitita; de hecho me peleé con mi hermana, porque vivir entre hermanos es difícil. Entonces, cuando me vine para acá con toda esa situación, empecé a ir a gimnasio para hacer algo. Yo tenía nada más que lo puesto. Con mi hermana me había peleado. Tenía mil pesos de acá que eran como cien dólares, y renté esa habitación chiquita. Y con algún trabajito que salía, bailando o lo que fuera, pagaba la habitación, que era muy chiquita. Y conocí a una mujer en un gimnasio que me dijo que en el colegio de su hijo necesitaban un profesor de teatro para un evento. Resultó que se trataba de un concurso de historia recitada; un concurso nacional, de todo México, acerca de Hidalgo y de la Independencia. Y entonces vienen escuelas de todo tipo; los niños tenían once o doce años. Y entonces les dije: “El profesor anterior ¿qué les hizo hacer?”. Y empecé a dirigirlos a partir de lo que tenían que agregar. El poema, ya lo tenían estudiado. No tenían los movimientos ni las formaciones. Y entonces apliqué el sistema Hori: jugaba con ellos, pero cuando no había que jugar no jugaba; hice formaciones rápidas y sencillas. Bueno, te la hago muy corta: gané el concurso [risas]. Gané por una actitud que hice sobre el final de la presentación: los chicos iban con saco y pantalón, muy formales. Y a mí se me ocurrió que, durante la última frase, se quitaran el saco y lo tiraran. ¿Por qué? Porque Hidalgo era el gran luchador, y yo deduje que era un hombre que no podía a ir con saco a pelear una guerra. Les vendí esta idea. A la directora no le gustó, pero yo lo hice igual.

G: ¿Y ganaron con eso?

RA: Sí, fue lo que nos hizo ganar, porque fue una innovación que se rebelaran. Entonces a mí me hizo recordar el famoso abucheo que tuvimos en San Pablo, en una coreografía de media hora que hizo Hori; nos gritaron de todo. Pero él se arriesgó. Él se arriesgó: le podía salir bien como le podía salir mal. Yo estaba al lado de él cuando el sonidista, que tenía la música, le preguntó cuánto duraba la coreografía. “Diez minutos”, le dijo Hori, pero duraba media hora.

G: ¿Media hora o veinte minutos?

RA: Era muy larga; más para ese tipo de festival. Y bueno, pasamos del cielo a la tierra, de la tierra al cielo mil veces con él. Creo que, poniendo las cosas en la balanza, con Hori triunfamos. Fue muy bueno.

Después del concurso de historia recitada, empecé a cobrar por clase.

G: Trabajaste como profesor de teatro.

RA: Sí. Bueno, en realidad, duró lo que duró el concurso. Después terminó, y otra vez a buscar. Esa misma señora me dijo que había un grupo para cantar. El tipo que me tomó la audición, me dijo: “¿Pero, sabés bailar?”, “Sí, algo”, le contesté. Y empecé a bailar, y al tipo le gustó. Entonces, de ganar un pequeño sueldito pasé a ganar un poco más. Con el sueldo de un sábado, pagaba mi habitación y el resto lo juntaba. Entonces ahí empecé a salir y hasta que vino una audición de teatro. También trabajé profesionalmente con Laura Miller, una cantante. La verdad que muy buena esa racha; trabajé con Damo en ese grupo también. Ella era una cantante que había sacado su disco y empezó a hacer giras por todos lados; de hecho, conocimos hasta Ushuaia. Tengo anécdotas muy lindas con Damián, también. Y siempre, y siempre estaba la historia latente de Hori, ¿no? Siempre, siempre estaba en todos lados, en cada cosa que hacíamos.

G: ¿Hace cuántos años que estás acá?

RA: Cuatro años y medio.

G: ¿Y cuándo conociste a la Berenita?

RA: A Berenice, mi esposa, la conocí en una obra que se llamó *Fiebre de sábado por la noche*. Me acuerdo que fui el primero en audicionar, porque fueron como quinientas personas, y yo llegué una hora y media antes para ser el primero. Porque tengo la teoría de que un coreógrafo que te está enseñando una coreografía, te la enseña muy contento la primera vez, pero luego de haberla mosrado quinientas veces, te la enseña así nomás. Y la verdad, me fue bien: entré. Éramos treinta personas. Tenía que interpretar a un puertorriqueño malo. Y ahí conocí a mi esposa: todo lo que quería de una mujer, ella lo tenía, y punto. Tres meses me llevó darme cuenta de eso; es decir que no me llevó mucho. Dije: “Sí, es ésta”, y me casé. Así. Porque sentía que siempre me faltaba algo y ella completó todo. Es difícil, porque de repente estoy acá; a veces hasta tengo que modificar mi acento porque trabajo de eso. Me dedico actualmente a hacer comerciales, anuncios y publicidad en la televisión, como actor. Me ha ido bien. Ya llevo tres años y medio en esto, porque me di cuenta de que, si necesitás la gaita, ya no podés depender de una temporada muy inestable en el teatro.

G: ¿Te deja mucho más dinero los comerciales?

RA: Sí, porque un comercial me da todo el sueldo de un mes de teatro. Entonces me dedico cien por cien a eso: voy a los castings todo el tiempo. Hoy a la mañana fui a seis. En alguno tengo que quedar. Ése es mi trabajo. Mi esposa se dedica a lo mismo: es bailarina clásica. De las buenas, de las metódicas [se ríe]. Y es una mujer que está dentro del arte, pero que no está mareada. Es una persona muy sana. Creo que es lo que más me gustó de ella; hoy por hoy, es difícil encontrar a una persona que no tome, que no fume, que sea una buena persona. Acá, en México, la familia es muy importante. De hecho, ella se fue a los veintisiete años de su casa para casarse conmigo. Es otra cultura. En general, hay de todo, pero yo siento que es más familiar. Me acuerdo que cuando yo estaba allá, se había perdido bastante el tema de la familia; por eso a mí me gustó la idea de formar una familia. Me gustó eso. Me casé y tengo una hija de un año y medio.

G: ¿Cómo se llama?

RA: Nina. Estuve en el parto: saqué a mi hija al mundo porque habíamos tomado un curso, unos meses antes, para ese momento. Nos preparamos muchísimo. Es la bendición de un gran esfuerzo; con una sonrisa de ella se te calma todo, ¿no? [Se emociona] Es maravilloso poder haber logrado eso. Me acuerdo de una persona en especial, aquí en México. Aquí se usa mucho la comida corrida: te sirven tres platos de comida, y a correr al trabajo. Se sirve en restorancitos, en donde es muy barato comer, y yo al principio comía así. Y me acuerdo de una señora que me ayudó; yo le dije: “Mire, señora, trabajo pero no me pagan. Ando sin dinero”. “No te preocupes”, me dijo, y me mantuvo un mes, comiendo.

G: La gente acá es muy hospitalaria.

RA: Sí. Por eso, de repente, me cuesta mucho convivir con gente que viene por un rato de Argentina. Viene por un rato porque sabe que, en lo que yo hago, acá hay dinero. Y por ahí hablan de más, y me dejan mal parado, porque yo no dejo de ser argentino. Entonces es difícil y complicado, porque se han venido muchos para acá, pero no con la intención de vivir, sino sólo para sacar mucho dinero y volverse. Eso está bien, pero siempre y cuando se lo haga con respeto ¿no? Y yo aprendí mucho: mi esposa mexicana me ayudó a no ser bocón. No me fue nada fácil, pero creo que la base que tenía de la escuela de Hori me ayudó a ser muy caradura, a no hacerle asco a nada, y entrarle, a salir al escenario como sea. Trabajé como mimo, porque de hecho Hori había traído

un profesor de clown muy bueno, Dani (Miranda). En esa época, él traía cosas innovadoras que sacaban nuestra creatividad. Y eso a mí me sirvió muchos años después. Todo el año pasado hice bastantes trabajos con eso, en los que trabajaba veinte minutos y ganaba quinientos dólares por pintarme la cara un poco y hacer estupideces. No son estupideces, en realidad, son cosas que aprendí. Porque, de repente, me digo: "Hori fue un maestro". Hoy vivo gracias a él. Las amistades, la gente que conocí en su grupo me sostuvo en muchos momentos: Walter, Damián, Beto...

G: ¿Nunca te fuiste para el lado de Israel?

RA: Sí, a Israel fui tres meses. Fue el famoso viaje que hice con Damo, en el que nos cruzamos con Beto y con Walter. Fuimos a las Canarias.

G: Ah, las Canarias.

RA: Fue grandioso. Fue una buena época, por un lado, y por otro lado, fue una época con varias crisis. Walter todavía estaba buscando su camino, estaba perdido: él estaba contento con lo hacía, pero no había encontrado lo que hoy tiene. Hoy está en un grupo donde hace percusión y me enteré de que estuvo en Argentina y fue al programa de Tinelli. Y después, con Beto, tuve una crisis de competencia: siempre competíamos, por las minas o por lo que fuera. Y, de repente, le mandé una foto a Israel.

G: ¿Y?

RA: [se emociona] Y, sí, me arrepiento de eso.

G: ¿Pero por qué?

RA: Porque le escribí cosas muy duras. Le dije que no éramos amigos. En realidad, él siempre fue así, y el que era complicado era yo. Después lo entendí, cuando ya no pude adquirir su perdón, ¿no?, porque se enojó muchísimo. Nos hablamos cuando me casé; me felicitó cuando tuve mi hija también, pero algo se rompió. Pero yo, en el fondo, me digo que necesité cortar con él porque estábamos muy pegados, cada uno necesitaba tomar su camino. Tal vez más adelante nos juntemos de nuevo.

G: Bueno, él está en Madrid.

RA: Sí. Igual, si hoy por hoy nos vemos, está todo bien, pero hay algo roto. Intenté pedirle perdón, disculparme con él, decirle frente a frente que me había equivocado. Él lo aceptó, pero ahí quedó. Pero tengo grandes recuerdos con él y con Hori, y eso es lo que me da felicidad, y con eso me quedo. Así que hoy por hoy mi vida está acá. Y en parte, la gran felicidad que he vivido en la vida

se la debo a esa época en la que tuve a un gran maestro que supo poner el ojo. Cuando cargué su ataúd, me sentí honrado. Cuando estábamos en el velatorio, riéndonos, me sentí honrado [se emociona]. Porque él quería que nos divirtiéramos. Nos divertimos mucho. De principio a fin. Pero no termina. Sigue. Sigue acá. Eso es lo bueno: que sigue, y sigue. Y va a seguir con mi hija tal vez. Gracias. Es eso.

FIN DE LA GRABACIÓN